

EL RECREO

El partido iba a empezar tarde por culpa del profe de ciencias. Parecía que disfrutaba robándoles aquellos cinco minutos de recreo que tanto echaban de menos cuando atronaba la sirena y todos los niños salían pitando hacia el paraíso de media hora sin aburridas tareas. Cada miércoles pasaba lo mismo y Rubén, con el enfado reflejado en su ceño fruncido, repasaba las opciones que le quedaban por elegir: por un lado tenía a Antonio, un chaval corpulento pero algo indolente, al que parecía darle igual ganar que perder y que solía pasarse la mayor parte del tiempo buscando bichos por el suelo del patio, sin importarle demasiado si el balón pasaba o no por su lado y que además era bastante torpe jugando al fútbol.

Justo al lado de Antonio estaba su otra alternativa: un chico menudo y algo tímido que había llegado hacía unos días al colegio. Aún no sabía su nombre ni casi nada de él, pero sus pintas de esmirriado y su mirada huidiza no hacían presagiar nada bueno. Seguro que no sabía ni darle una patada al balón, se dijo Rubén con cierto desdén.

Finalmente se decidió por el nuevo. A lo mejor podría situarlo de defensa o de estorbo, para molestar al menos al otro equipo, capitaneado por Sergio, su contrincante más duro y con el que solía mantener acaloradas discusiones por alguna falta o penalti no señalado de manera correcta.

—Elijo al nuevo— dijo finalmente Rubén sin mucho convencimiento.

Sergio lo miró de reojo y sus labios dibujaron una sonrisa maliciosa.

—¿Estás seguro?— preguntó.

—Sí— contestó de nuevo con más dudas aún que antes.

Sergio observó al chico nuevo con cierta lástima y miró para atrás para hacer un recuento de su equipo: Tenía a Alexis de portero. Era una máquina y, aunque estaba un poco relleno, volaba a por la pelota como si fuese Supermán. Pocos habían osado a meterle algún gol. En defensa contaba con Alberto y Román, dos niños de cuarto que eran capaces de intimidar al mismísimo Ibrahimovic. Eran rápidos y duros. Podía confiar en ellos. Para meter goles y crear juego tenía a Ismael, Erik y Juan. No es que fueran una cosa del otro mundo, pero al menos no fallaban demasiado y sabían pasarle la pelota cuando debían. Después tenía a otros tres chicos de relleno. Eran bastante malos, la verdad, pero tenía que elegir a alguno y decidió que esos serían de su equipo.

—Rubén, ¿sabes quién es al que has escogido en último lugar?

El chico negó con la cabeza y encogió los hombros, insinuando que no le importaba demasiado.

—Es una niña.

Rubén miró al chaval nuevo, analizándolo. Ya le había resultado extraño que llevara el pelo tan largo para un niño y que tuviera esa cara tan delicada.

Se tapó los ojos con una mano, dando a entender su error. Iba a ser el hazmerreír del patio.

Los niños del otro equipo rieron.

Al contemplar al otro conjunto, Sergio no pudo evitar sonreír con satisfacción y superioridad. El partido era pan comido. El rival no tenía ninguna opción. Los iban a aniquilar.

El partido comenzó y el equipo de Sergio no tardó en marcar el primer gol. Fue una buena triangulación, en la que Erik le había dado un pase hacia atrás para que el propio Sergio marcara a puerta vacía.

Rubén observaba a su equipo y se llevaba las manos a la cabeza, presintiendo la goleada que le iban a caer encima. Miró al cielo, suplicándole que dejase caer un diluvio para que el recreo se suspendiera y acabar al menos de manera honrosa el partido. No parecía que la naturaleza le fuese a hacer mucho caso. El día estaba despejado y el cielo de un azul intenso. Suspiró y pasó el balón hacia atrás. Fue a caer a la chica. Rubén la contempló con más detenimiento. Tenía el pelo alborotado y las piernas flacuchas. Hacia ella ya iba como una locomotora Sergio para robarle el balón. Rubén ya le estaba gritando a uno de sus defensas que corriese a echar una mano a la niña, porque estaba seguro de que iba a perder la pelota y correrían peligro de encajar un nuevo gol. Sin embargo, la niña, justo antes de que Sergio metiera la pierna para quitarle la pelota, hizo un amago y puso la pelota fuera del alcance del chico. A continuación, comenzó a correr con la pelota pegada a su pierna izquierda. Dribló primero a Juan, después a Ismael, levantó la cabeza y vio a un compañero desmarcado y le pasó la pelota. Siguió corriendo hacia adelante, pidiéndo de nuevo el balón. Este le llegó botando, lo que aprovechó Román para meter el cuerpo y tratar de quitárselo. Pero a pesar de ello, la chica consiguió ser más rápida y logró pasar la pelota por encima de Román, que buscaba, desconcertado, el esférico. Con la pelota nuevamente pegada al pie izquierdo, la niña comenzó a correr hacia la portería rival. Esta vez era Alberto el que corría

como un poseso hacia ella. Estaba decidido a que o pasaba la pelota o pasaba la chica, pero nunca ninguna de las dos. Cuando la tenía ya a un metro, metió la pierna, seguro de hacerse con ella. Sin embargo, en el último momento, la niña hizo desaparecer el balón como por arte de magia y lo dejó atrás con una velocidad pasmosa.

Alexis la esperaba ya bajo palos. Miraba a la niña con el ceño fruncido. Concentrado en su tarea de parar a esa canija que había sido capaz de dejar atrás a medio equipo. Con él no podría, se dijo. Él era Alexis Ocaña, el mejor portero de todo el colegio. No iba a dejar que una renacuaja le metiera un gol. Salió poco a poco de su guarida para ir tapándole huecos a la chica, que a su vez había contenido su frenética carrera, sopesando sus opciones.

El encuentro entre los dos iba a producirse. Alexis cada vez más tenso y la niña con su mirada fija en el chico. Uno de los dos iba a salir ganador.

En ese momento, una niña de segundo que jugaba al pilla-pilla, pasó corriendo entre los dos, desconcentrando por unos segundos a la chica, que perdió de vista la pelota. Alexis aprovechó este despiste y se lanzó como una gato hacia su presa. Una sonrisa de satisfacción asomaba ya a su rostro. La niña, en un último intento, alargó la pierna y tocó la pelota con la puntera, alejándola del portero, que vio como esta iba a parar a los pies de Rubén, que, anonadado, había visto como aquella canija se había desecho de medio equipo contrario.

Se dio cuenta que la pelota estaba en sus pies y nada se interponía entre él y la portería. Miró a la niña, que se había caído como consecuencia del choque con Alexis. Esta lo miraba con intensidad. No había ni rastro de la timidez del principio. Sus ojos destellaban una fuerza y una decisión sorprendentes. Entendió lo que ella le quería decir y sin mucho esfuerzo, empujó el balón dentro de la portería.

Se dirigió hacia la niña, que trataba de atarse los cordones después del choque. Todos la miraban embobados. Le dio la mano y la ayudó a levantarse.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó.

—Silvia— contestó.

Rubén levantó la cabeza y vio como todos la contemplaban. Esa niña era una fuera de serie y lo mejor es que era de su equipo y ahora estaba seguro de que le iban a dar una paliza al equipo de ese engreído de Sergio, que ahora estaba algo pálido, sin duda presintiendo lo que se le venía encima.

Cuando sonó la sirena del recreo, todos los chicos fueron a rodear a Silvia. Le daban palmaditas en la espalda y la felicitaban, todavía sorprendidos por su tremenda exhibición. Había sido capaz de meter cinco goles y de dar otros tres. Rubén y Sergio discutían acaloradamente por saber de qué equipo jugaría el día siguiente.

La niña sonrió algo tímida y se puso en su fila. Después del recreo tenía mates y eso no se le daba tan bien.